

**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

Los COMPAS Y EL DIAMANTITO LEGENDARIO

**¡Ahora
a todo
color!**



TEAMCOMPAS

m̄r

**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

LOS COMPAS **Y EL DIAMANTITO LEGENDARIO**

mī

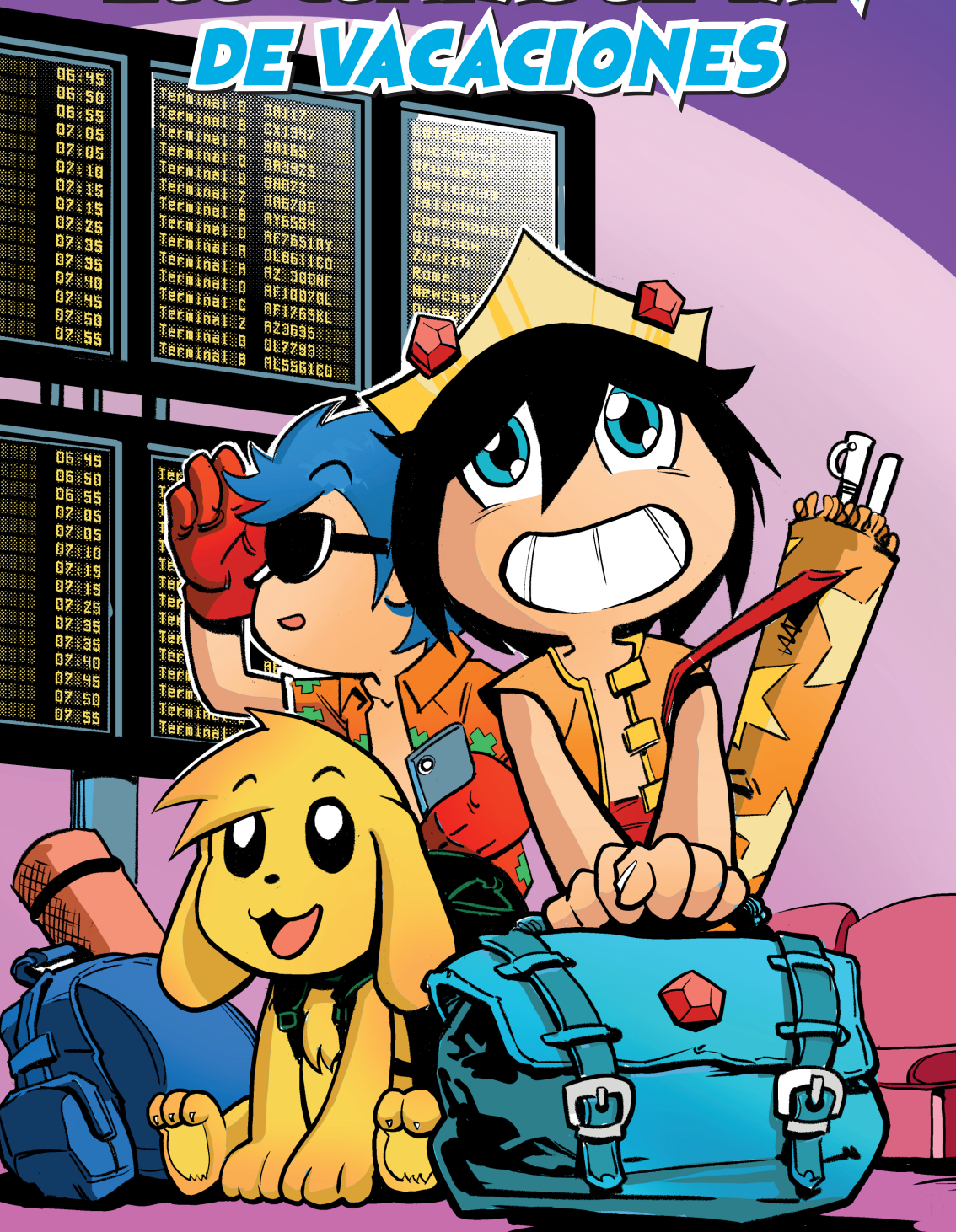
ÍNDICE

Introducción. La maldición del Titán Oscuro, 7

- 1.** Los Compas se van de vacaciones, 15
- 2.** El despertar del mal, 31
- 3.** Marineros de agua dulce, 37
- 4.** El principio del fin del mundo, 53
- 5.** El viejo pergamino, 61
- 6.** El rescate, 77
- 7.** Un mensaje misterioso, 91
- 8.** Asalto nocturno, 103
- 9.** Regreso a la isla misteriosa, 121
- 10.** Un viejo marino entrometido, 133
- 11.** La pista del Titán, 147
- 12.** En busca del diamantito, 155
- 13.** El ataque de los zombis... y alguien más, 173
- 14.** La cruz de las tinieblas, 187
- 15.** El arma ancestral, 203
- 16.** La batalla definitiva, 215

Epílogo. ¿Vuelta a casa?, 233

1. LOS COMPAS SE VAN DE VACACIONES



iPor fin unas merecidas vacaciones! Eso es lo que pensaba Trolli pocas horas antes, cuando él, su mascota Mike y su amigo Timba estaban a punto de subir al avión con destino a Tropicubo... ¡Ah, Tropicubo! Es el nuevo paraíso turístico, con todo tipo de atracciones, unas playas estupendas, un tiempo que siempre es bueno y una comida deliciosa. Lo de la zampa es lo que más atraía a Mike.

—Estoy deseando probar la comida, Trolli.

—Siempre pensando en lo mismo, colega.

—Venga, no me seas vinagrito —gruñó Mike.

Por desgracia, el viaje tan maravilloso que habían planeado iba a llenarse de problemas. El primero, el hambre insaciable de Mike. Cuando ve cerca algo que interpreta como comestible, le cuesta contenerse. Y el control de entrada del aeropuerto no es el mejor sitio para hacer bromitas.

—Billetes, por favor —le pidió al Trollino una señora uniformada, con cara de pocos amigos.

Trolli fue a sacar los billetes del bolsillo de su maleta, pero no los encontró. Al menos no como le habría gustado. Lo que tenía de pronto entre los dedos eran unos papelujos bastante deteriorados y ligeramente húmedos.



—¿Qué es este desastre? ¿Dónde están los billetes?
—preguntó Trolli, mirando a Mike con cara de sospecha.

—Yo no he sido —contestó el perro, cambiando su color amarillo habitual a un tono naranja brillante: era su manera de ponerse colorado.

—No me mientas... ¡Te los has zampado!

—Bueno, sí... —contestó Mike—. Pero solo un poco.

—¿Un poco? ¿Te crees que con esto nos van a dejar pasar?

—Yo diría que no —advirtió la señora del control, cada vez más impaciente.

Podía haber sido un desastre, pero por suerte Trolli, que conoce muy bien a Mike, había previsto que algo así podía pasar.

—Tenga, señora. Imprimí una copia, por si acaso —dijo Trolli, fulminando con la mirada a Mike, que se hizo el despidado mientras volvía poco a poco a su color normal.

La señora miró los papeles con desconfianza. Luego miró a Trolli, a Timba y a Mike, y los dejó pasar. Ojalá hubiera sido este el único inconveniente del viaje, pensaba Trolli unas horas después, recordando el suceso del aeropuerto mientras discutía con el recepcionista del Hotel Tropicubo.

—No puedo darles su habitación si no me muestra la hoja con las reservas, caballero —insistía el tipo, que era casi igual de simpático que la mujer del aeropuerto.

—Pero, oiga, ¿por qué no lo mira en el ordenador? —propuso Trolli.

—Busque, busque —intervino Timba—: Timbavk, Mike-crack y ElTrollino.

—Lo haría, caballero, pero es que el ordenador no funciona.

—¿Y cuándo funcionará? —preguntó Timba, con cara de sueño.

—Yo qué sé. Esto es un paraíso tropical, no la NASA. La mitad de los días no funciona nada. Pero no suele importar, porque la gente se trae las reservas impresas de casa, ¿saben?

Mike tosió un poco y escupió unos trocitos de papel. En uno de ellos se veía el logotipo del hotel: «Tropicubo Luxury». El mejor y también el único de la ciudad. Trolli tuvo ganas de matar a su mascota. Y entonces se acordó de lo bien que se ocupaba de estas cosas Roberta, su querida esposa fallecida tiempo atrás. No pudo evitar la pena:

—¡¡¡Aaaaayyyy, Robertaaaa!!! ¡Cómo te echo de menos!

El recepcionista miró a Trolli con cara de pasmado. Entonces intervino de nuevo Timba. Había dado con la solución.

—Mire, amigo: me caigo de sueño. Pero acabo de recordar que llevo en el móvil una captura de cuando hicimos las reservas. ¿Vale con eso? —le soltó, mostrándole un pantallazo con la foto de la reserva de habitación.

—Haber empezado por ahí, caballero.

Las gestiones concluyeron con éxito, aunque Trolli se sentía un poco deprimido por cómo estaba empezando el viaje. Timba le animó:

—Venga, hazme caso y alegra esa cara: todo ha ido tan mal hasta ahora que las cosas ya solo pueden mejorar, ¿no?

—¡Es verdad! —respondió Trolli, más animado—. Entonces, ¿qué? ¿Dejamos los trastos en la habitación y nos vamos a la playa?

—Ah, no, eso no. Yo prefiero echarme la siesta hasta la hora de cenar —fue la respuesta de Timba.

—¡Guau! —añadió Mike, que cuando no quiere discutir, ladra.

—Venga, chicos, lo pasaremos bien. Nos podemos dar un baño y luego... Pero... —Trolli se quedó sin habla—. ¡No fastidies, Timba!

Timba estaba roncando en el sofá de la recepción, con los pies encima de la maleta. Trolli fue a despertarle cuando, de pronto, le alertó la voz del empleado del hotel:

—¡Pero, oiga, controle usted a su perro!

Mike estaba... Bueno, digamos que aliviando su vejiga urinaria, cosa que los perros hacen muy a menudo. El problema era que estaba descargando sobre la tierra de una maceta que adornaba la recepción.

—¡Eso, tú no te cortes, Mike! —gritó Trolli.

—Es que me hacía pipí. ¡Y no me hacéis ni caso!

—Su perro es de lo más maleducado —gruñó un cliente del hotel que pasaba por allí.

—¡Oiga, usted a lo suyo! —protestó Mike.

En un momento se montó tal discusión que los gritos acabaron despertando a Timba.

—¡Pero qué pasa! ¡No hay quien se *esfuerce* con vuestro jaleo!

—Te pasas el día durmiendo, Timba —refunfuñó Trolli, que veía que sus dos colegas le iban a amargar las vacaciones—. ¡Y tú no paras de comer, Mike!

—Es que estoy creciendo —se defendió el aludido—. Pero estoy de acuerdo con Timba: deberíamos comer y echarnos una siestecita. O echarnos una siestecita y comer. O comer, echarnos la siesta y luego cenar.

—¡Madre mía, vaya dos! —se desesperó Trolli—. Pero si no hacéis otra cosa. ¿Cómo podéis tener hambre y sueño?



Os habéis pasado todo el vuelo roncando, salvo el ratito que vino la azafata con la comida. Y en ese momento tú, Mike, te comiste tu bandeja, parte de la mía y la de la señora de delante, aprovechando que había ido al servicio. ¡Y luego me he llevado yo la bronca!

—¡Qué injusto es el mundo con los perros! —murmuró Mike.

—No, de injusto nada. Porque mientras yo me llevaba la charla, tú te has puesto a comerte las instrucciones sobre cómo ponerse el chaleco salvavidas y todo eso.

—Anda, que si llegamos a tener un accidente, sí que habríamos pasado hambre —bromeó Timba, intentando calmar a su amigo.

—¡Yo sí que tengo hambre, que no he probado bocado desde el desayuno! —bramó Trolli, ajeno al humor de Timba—. ¡Y mirad la hora que es! ¡Las cuatro de la tarde!

—Eso es en casa. Aquí, según la hora local, son las ocho de la mañana... otra vez. Pues mira, podemos desayunar de nuevo —soltó Timba. Pero al ver la cara furiosa de Trolli, dejó de bromear—. Está bien, vinagrito, tienes razón. Haré un esfuerzo: iremos a la playa. ¡Siempre podré echar una cabezada en la arena!

Mientras hablaban de estas cosas, el recepcionista llamó a un botones para que llevara los equipajes de nuestros amigos a la habitación. Luego, y sin parar de gruñir, cambió de sitio la maceta, porque olía un poco mal... Mientras los Compas se dirigían hacia la playa, a Timba le dio la risa recordando el enfado de la señora del avión.

—Menuda cara puso, ¡ja, ja, ja!

—La verdad es que sí era graciosa —admitió Trolli, riendo un poco—. ¡Pero no estuvo bien!

Tropicubo es un lugar maravilloso. La ciudad, de casitas blancas, desciende hasta el mar por una ladera rodeada de bosques tropicales. En lo alto hay un viejo castillo que, según cuenta la publicidad, había sido escenario, en otros tiempos, de duras peleas con piratas. Ahora la fortaleza es un museo. Lo más bonito de todo, sin embargo, es la larguísima playa de arena muy blanca, bordeada de palmeras, que se extiende kilómetros y kilómetros frente a un mar de color turquesa. El sol brillaba tanto aquel día que hasta Mike se puso unas gafas de sol. En la playa había todo tipo de diversiones: esquí acuático, lanzamientos en paracaídas, viajes en barco...

—¡Cómo mola esto! —gritó Trolli entusiasmado—. Podríamos pillar una barca de pedales. ¡O hacer esquí acuático!

—Yo soy un perro —murmuró Mike—. ¿Cómo voy a hacer esquí acuático? Mejor podríamos montar en uno de esos barcos con fondo de cristal. Se puede ver a los pececitos nadando... Y a lo mejor nos podemos comer alguno.

—¿Y para qué subirse a uno de esos trastos, junto a un montón de turistas, si podéis navegar por vuestra cuenta y visitar el lugar que queráis? —preguntó una voz detrás de los Compas.

Los tres se volvieron para ver quién les había hablado. Era un típico lobo de mar: un hombre de mediana edad, con la piel tostada por el sol. Vestía pantalones negros, una camiseta de rayas blancas y una gorra de capitán de barco. De los labios le colgaba una vieja pipa de madera tallada, aunque no estaba encendida. Su nariz era ganchuda. Tanto que parecía el pico de un loro. Sobre el ojo izquierdo un parche negro le daba toda la pinta de uno de esos piratas de los que hablaba el folleto turístico.



—Perdone... ¿Nos lo dice a nosotros? —intervino Timba, con mucha educación. El tipo le había caído bien automáticamente: tenía cara como de pollo. Incluso le pareció que olía a pollo en pepitoria, aunque el olor venía, en realidad, de un restaurante cercano.

—Claro que sí, muchachos —contestó el marino—. He visto que tenéis pinta de aventureros y, ¡qué diablos!, he pensado: a estos chicos les encantará alquilar mi barco para visitar las islas.

—Pues sí que me parece buena idea —dijo Mike, con una gran sonrisa, después de olisquear al marino.

—Anda, un chucho que habla —sonrió el hombre—. Por aquí no abundan.

—Oiga, no me llame «chucho» —respondió Mike—. Que yo he estudiado.

—A mí también me gusta el plan —observó Timba—. Aunque yo, en realidad, más que cara de aventurero lo que tengo es sueño.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó, con gesto de sorpresa, el marino.

—Es por si me puedo echar la siesta en la cubierta.

—No le haga caso, capitán —dijo Mike—: es que siempre tiene sueño.

—¡Ja, ja, ja! ¡Claro que puedes echarte la siesta, chaval! Y no me llaméis «capitán», muchachos. Para los amigos soy Rius.

—¿Somos amigos ya? ¿Tan pronto? —preguntó, mosqueado Trolli, a quien no le acababa de gustar el aspecto del marino (y menos aún el del barco)—. Chicos, ¿podemos hablar un momento a solas?

—Claro —contestó Timba—. Si nos disculpa un momento, señor Rius.

—Por supuesto, muchachos. Pero nada de «señor». «Rius», a secas.

Los Compas se apartaron un poco y se pusieron a hablar entre ellos.

—¿Qué pasa, Trolli? —preguntaron a la vez Mike y Timba.

—¿Es que estáis bobos? —fue la respuesta—. No me gusta este tipo.

—¿Y por qué no? —preguntó Timba—. ¿Porque tiene cara de pollo tuerto?

—No, cenutrio: porque tiene una pinta malísima. Y su barco es un cacharro. ¿De verdad queréis que nos metamos ahí? ¿Y si nos secuestra y nos convierte en salchichas? ¿O... y si nos hundimos?

—Mmmmm, salchichas... —se relamió Mike.

—Qué exagerado eres, Trolli —sentenció Timba—. Seríamos tres contra uno... Y el barco no está tan mal.

—En efecto, el barco no está tan mal, pese a su aspecto —intervino Rius, de pronto—. Os aseguro que no se va a hundir. Además, yo no iría con vosotros, muchachos. Perdonadme, pero es que como solo os habéis separado medio metro, estoy oyendo todo lo que decís. No tenéis nada que temer: alquilo mi lancha sin tripulación. Me pagáis, os montáis, os vais por vuestra cuenta y yo os espero en la taberna del puerto, junto a mis amigos marineros. Nos encanta contarnos viejas historias. Son siempre las mismas, pero oye, nos lo pasamos bien. ¿Qué me decís? ¡Todos salimos ganando!

—Hombre, visto así —admitió Trolli, un poco avergonzado—... Aunque sigo pensando que no es buena idea.

—Pues a mí sí me apetece —afirmó Timba.

—Pero antes deberíamos comprar unos bocatas —añadió Mike.

—Hay cosas de comer en la nevera del barco —señaló Rius.

—¡No se hable más! ¡Todos a bordo!

—Excelente, muchachos. Por dos cubodólares la hora podéis navegar hasta hartaros. ¡Es una ganga!

—Hombre... Tanto como una ganga —observó Trolli, que seguía desconfiando.

—Venga, vale... —zanjó la cuestión Timba—. ¡Estamos de vacaciones y un día es un día! ¡Nos vamos!

—Yo no lo veo claro —murmuró por lo bajo Trolli, mientras seguía a sus compañeros hasta la lancha.

La pluma negra, así se llamaba la barca de Rius, era un auténtico cascarón de nuez. Mediría unos diez metros de largo (de «eslora», como dicen los marinos) y no la habían pintado en los últimos treinta o cuarenta años. De los lados del casco colgaban algunos mejillones que Mike se apresuró a devorar. Rius puso en marcha el motor que, después de unas cuantas toses, empezó a escupir un humo espeso y maloliente. Después, abrió una portezuela y sacó una carta marina tan vieja y cascada como la propia *Pluma negra*.

—En este plano están marcadas las rutas a las islas más interesantes de la zona. ¿Supongo que sabéis leer un mapa y usar la brújula, verdad? —preguntó Rius.

Los Compas se miraron unos a otros, sin decir nada. Al cabo de unos segundos, Timba, que no quería perderse la siesta, puso cara de viejo lobo de mar y dijo:

—Por supuesto, Rius. Hemos recorrido un montón de veces los cinco mares.



—Son siete. Siete mares —le corrigió Trolli.

—Bueno... Es que no nos ha dado tiempo a estar en todos —respondió Timba, enseñando los dientes.

—Para mí es suficiente, muchachos —sonrió Rius—. ¡Adelante, pasadlo bien! Eso sí, volved antes de que oscurezca.

Diciendo esto, dio un empujón a la lancha, que comenzó a alejarse del pequeño puerto deportivo. Trolli sujetó el timón con fuerza, llevando la barca mar adentro. No se habían alejado ni cien metros de la costa cuando Timba roncaba ya con la cara apoyada sobre la barandilla de babor mientras Mike buscaba algo de comer.

—Vale... Aquí estamos, en medio del mar con uno frito y el otro muriéndose de hambre con la tripa llena —sentenció Trolli, con la vista fija en el precioso color azul del mar—. Es fantástico... ¿Qué podría salir mal?